

## Quintiliano y Varrón: perspectivas lingüísticas comparadas

Jimena Morais

Universidad Nacional del Litoral

### Introducción

La propuesta para este breve trabajo es poder pensar desde una perspectiva *específicamente lingüística*, y en forma comparada a la vez, las producciones de Varrón y Quintiliano. Hacemos esta aclaración inicial ya que consideramos necesario, casi indispensable, poder atender a estas obras desde categorías y nociones propiamente lingüísticas; porque, si bien se puede encontrar fácilmente una vastísima producción crítica sobre estos autores, ésta es planteada desde campos que muchas veces olvidan, o no aprovechan, lo específico de la reflexión lingüística. Se trata de señalar y reconocer en estos autores una forma de pensamiento, que va mucho más allá de la simple intuición –y no sólo acerca del lenguaje–, capaz de sentar bases sólidas para posteriores desarrollos y de anticipar tradiciones y paradigmas.

176 177

Claro está que nuestro interés por realizar una reflexión que supere el –no menos válido– comentario filológico profesado históricamente sobre estos textos, no niega la imperiosa necesidad y la riqueza de una mirada interdisciplinaria –perspectiva ya propugnada por Quintiliano en su teoría sobre la pedagogía–. Tal es así que para poder considerar estas obras se nos hace indispensable el atender a todo su contexto de producción y circulación –a las influencias que las determinaron, los objetivos que perseguían, los modos de insertarse en otros discursos, las relaciones con el Estado, el mecenazgo, la situación en que se encontraba Roma para gestar y al mismo tiempo “leer” toda esta producción– pero sin desatender nuestro verdadero objeto de análisis.

Asimismo, es necesario aclarar que sólo nos abocaremos a señalar en estos autores los puntos que consideramos relevantes al respecto de nuestra hipótesis de trabajo, para su posterior puesta en común. Es decir que dejaremos aquí a un lado, entre otras nociones, los fundamentales aportes de Quintiliano a la teoría y descripción de la oratoria, su clasificación de los géneros retóricos, su “especie” de historia de la literatura<sup>1</sup>, su estudio detallado acerca del sistema de casos; para centrarnos específicamente en los puntos que guardan relación con Varrón. Con este objetivo revisaremos lo concerniente a sus concepciones sobre el lenguaje, nociones que determinan ciertas representaciones tanto sobre su origen –analogía/ anomalía–, sus funciones y niveles, su uso; así como también sobre la educación y la fuerte relación que ambos autores establecían precisamente entre el lenguaje –visto desde la gramática o la oratoria–, la formación del hombre y las “funciones políticas” de la educación.

### ***De lingua latina y De Institutionis Oratoriae***

El primer gramático latino importante del que se tienen noticias es Marco Terencio Varrón (116 - 27 a.C.). Su extensa producción lo sitúa como el primer gran enciclopedista latino, se calcula que llegó a escribir unos 490 libros, de los que sólo se han conservado 74. Fue nombrado por César director de la biblioteca de Roma para que la ordenara siguiendo el modelo de la de Alejandría.

Varrón trató de abarcar filológicamente en *De lingua latina* –obra en 25 libros, de los cuales sólo se guardan los textos comprendidos entre los Libros V y X, y fragmentos de los restantes<sup>2</sup>–, todo el conocimiento que consideraba debía contener “la vasta enciclopedia”, abocándose así casi por entero al estudio de todo el “cuerpo de la latinidad”.<sup>3</sup>

Una de las características más importantes en lo que a su pensamiento lingüístico refiere, es su trabajo de exposición y formalización de los puntos de vista representados por la controversia analogía/anomalía. Esta polémica sostenida por los alejandrinos vs. los aristotélicos, surge, entre otras razones, al intentar dar una respuesta acerca de los orígenes del lenguaje. Así es como nacen estos principios antitéticos: el *uso* en tanto norma –para los aristotélicos– y la *regularidad* de los hechos de la lengua –para los alejandrinos–; hecho que nos permitiría pensar en la existencia de dos gramáticas: una empírica y otra técnica. Varrón puso en duda la tajante dicotomía entre estas doctrinas, intentando acercarse a una tercera perspectiva que atendiese tanto los postulados de una como de otra escuela, conciliando así las premisas de la costumbre y la “razón”<sup>4</sup>. De esta forma establece un amplio repertorio de ejemplos, analizándolos detalladamente –fragmentos de los Libros XI, XII y XIII–, siempre en un nivel morfológico, para explicar los alcances de cada una. Este repertorio de casos le trajo no pocas críticas, ya que a menudo cae en especulaciones desacertadas, producidas, creemos, por la falta de un recorte histórico de su objeto, y por la confusión entre planos sincrónico –para pensar la derivación y flexión– y diacrónico –para la etimología histórica.

Como lo demuestra toda la experiencia lingüística latina, Varrón tampoco pudo abstraerse de la determinante influencia griega. Aunque es de destacar que no se dedicó simplemente a la aplicación del pensamiento griego a la lengua latina, sino que supo debatir con sus maestros –así su postura frente a la mencionada dicotomía analogía/anomalía.<sup>5</sup> Varrón, decíamos, fuertemente influenciado por el estoicismo, consideraba que eran cuatro las fuentes de la lengua latina: la analogía, la costumbre, la autoridad y la naturaleza –estas tres últimas en oposición a la primera–. La autoridad era evidentemente la de los escritores; la naturaleza, entendemos siguiendo a Rigui, estaba relacionada con la escritura fonética y la creación de palabras onomatopéyicas; y el uso era la *consuetudo*.

Esta influencia del estoicismo también puede comprobarse en su noción de la gramática en tanto conocimiento sistemático del *uso* lingüístico de la mayoría de los poetas, historiadores y oradores. Podemos señalar aquí cómo la noción de *uso* es fundamental para este autor: es un determinado uso –el del buen decir, normativizado por la analogía, y al mismo tiempo, respondiendo a las necesidades de una comunidad–<sup>6</sup> el que determina la lengua, aconsejando también que gradualmente deben corregirse e incorporarse ciertos usos.

Otro fragmento del citado Libro IX resulta revelador: “y es que una cosa es el habla de la gente en general y otra, el de las personas particulares, y, de estos, no es lo mismo la forma de hablar de un orador y la de un poeta, porque sus leyes no son las mismas”. No podemos dejar de señalar aquí la anticipadora diferenciación en-

tre lengua/habla, y la más que evidente relación entre *uso* y *género discursivo*.

Ya para concluir con lo referente a los estudios lingüísticos de Varrón, señalaremos simplemente que los dividió en: etimología, morfología y sintaxis –pero estos últimos libros se encuentran perdidos.

En lo que a educación respecta, Varrón distribuyó la cultura enciclopédica en nueve disciplinas, agregando la medicina y la arquitectura a las siete artes medievales del *trivio* y el *quadrivio* (gramática, dialéctica, retórica; geometría, aritmética, astrología y música). Consideraba que la educación debía ser *liberal*, digna del hombre libre<sup>7</sup>. Si bien el conocimiento era ya considerado por los griegos en tanto liberador del hombre, éstos aún no habían establecido el número preciso de las disciplinas que debían enseñarse, y tampoco las habían sistematizado ni ordenado. Esta organicidad que Varrón estableció, respondiendo a un claro valor didáctico, imprimió un impulso decididamente humanístico a la educación: se trataba de “educar al hombre romano, conduciéndole, por el saber desinteresado, a la verdadera *humanitas*”<sup>8</sup>. Según Rigui, es probable que San Agustín se haya inspirado en esta concepción varroniana.

178 179

La importancia de Varrón, además de los fundamentales aportes que mencionamos, radica en “su sentido histórico y cultural”, perspectiva que no supieron sostener los sabios romanos que lo sucedieron –entre quienes podemos mencionar a Verrio Flacco, Julio Higino, Palemón, Gnifón, Trifón, Ateio Pretextato–, que sólo se dedicaron a recopilar datos y simplemente llenar de erudición su período.

Si bien era abogado, a Marco Fabio Quintiliano (35 - 95 d.C.) se le reconoce por haber sido el primer profesor oficial de Retórica, con sueldo procedente de los fondos públicos en el marco de la enseñanza oficial creada por Vespasiano, por ser el gran organizador de la retórica y “el primer crítico profesional entre los latinos”.<sup>9</sup> Aquí realizaremos una breve referencia a su obra más importante: *De institutionis oratoriae*, propuesta pedagógica en doce libros basada en la enseñanza de la oratoria desde los primeros años de edad, y que responde, al igual que el resto de sus tratados, a una concepción ciceroniana de la retórica<sup>10</sup>. Esta obra ejerció una gran influencia sobre la teoría pedagógica que sustenta el humanismo y el Renacimiento.

Es necesario atender también al hecho de que, como reconocen Garnsey y Saller, el sistema imperial regido por Augusto impuso innumerables restricciones a la producción literaria –el mecenazgo fue llevado casi a los extremos de un contrato comercial, y los historiadores, siempre muy comprometidos políticamente, fueron los más censurados.<sup>11</sup> Esta situación política, al mismo tiempo que desfavoreció a los géneros clásicos de la literatura –la épica, la elegía, el drama, la sátira y la historia– provocó las condiciones necesarias, y más que óptimas, para el florecimiento de la *oratoria*. “El fomento de la retórica por los emperadores fue un aspecto del apoyo que prestaban a la educación en general, lo que era, a su vez, señal de su compromiso con la cultura literaria grecorromana: la retórica era la piedra angular del sistema educativo.”<sup>12</sup>

En relación a este punto, en el pensamiento de Quintiliano la figura del orador se encuentra estrechamente ligada a la del hombre civil perfecto. La retórica adquiere aquí la noción de “enciclopedia del saber”.<sup>13</sup> Así es desarrollada en su tratado no sólo como un “ciclo de conocimientos especiales y generales”, sino también “como cultura y como técnica”<sup>14</sup>; y si se trata del “arte del bien decir”, hay que recordar que para Quintiliano no hay bien decir sin bien pensar, ni bien pensar sin rectitud.<sup>15</sup>

En las primeras consideraciones de Quintiliano acerca de la gramática, eje central de la temprana educación del niño, ésta es expuesta no como un objeto claramente delimitado, sino que se encuentra confundida con el comentario filológico más general. Esta falta de delimitación con respecto a la exegética literaria, práctica en la cual tuvo su origen el comentario gramatical, permite que pueda entenderse por gramática tanto “el arte de hablar correctamente” como “el arte de explicar a los poetas”.

Es claro que Quintiliano no pretendió dar un sumario de gramática, sino una idea sobre su enseñanza y las problemáticas de ésta. Es decir que en su pensamiento, el lenguaje se encuentra “mediado” por la teoría de la pedagogía. Si bien a través de ésta y de su vastísima producción sobre la oratoria puede leerse y construirse una concepción acerca del lenguaje, éste no es el principal aporte de Quintiliano. Esta perspectiva pedagógica que domina sus intereses, lo lleva a reflexiones fuertemente normativizantes sobre la lengua. Lo que sí es necesario destacar, y esto es gracias a su preocupación por la enseñanza, son sus reflexiones acerca del proceso de escritura —una problemática casi insólita en esos tiempos—. De esta forma, por ejemplo, consideraba que las reglas de corrección se aplican al habla y a la escritura y se fundan en la *razón* (ésta en la analogía —aunque ahora sólo como mero auxilio, no ya como una concepción del origen del lenguaje— y la etimología), el *tiempo*, la *autoridad* (de los oradores e historiadores), y el *uso*. Al señalar que este último elemento es el que da *valor* a las expresiones, encontramos nuevamente nociones de una capital importancia.

Para finalizar, como reconoce Pereira, “en la preocupación de Quintiliano por la formación del orador se muestra, por tanto, una preocupación también eminentemente política”,<sup>16</sup> preocupación ésta que exige, ahora sí, una lectura que supere lo estrictamente lingüístico y abra el análisis hacia otros campos.

## Conclusiones

Si bien, por motivos de espacio, nos hemos visto obligados a realizar un recorrido más que rápido por estos autores y la “exposición” de sus producciones no nos dejó mucho margen para un comentario más detallado, queremos concluir aquí con algunos interrogantes que consideramos necesarios después de acercarnos a estas obras. Al mismo tiempo es preciso señalar que son muchas las cuestiones que quedan abiertas para seguir investigando, y que se trata de poder explotarlas desde nuevas miradas.

Nadie pondría en duda hoy, en Occidente, los “inicios clásicos” de la literatura, la filosofía, y hasta en Aristóteles se leen los comienzos de una teoría de la literatura; entonces ¿por qué no buscar en estas producciones también los fundamentos de la lingüística? Sólo la filosofía —y algunos escasos análisis desde la literatura— se ha abocado al estudio de estas concepciones acerca del lenguaje. La lingüística (cientificista, positivista) ha olvidado sistemáticamente lo revolucionario de estos pensamientos.

La *historia de la lingüística* como tal, más allá del comentario filológico, es un campo todavía en formación y al cual se tiene poco acceso en Hispanoamérica. Además se hace imperioso un trabajo interdisciplinario con la *epistemología de la lingüística*, para poder pensar, por ejemplo, estas producciones “en conjunto”, en tanto sistemas, con sus debilidades, con la opacidad de sus presupuestos y objetivos

—sí es que verdaderamente éstos no están claros—, sus aporías, sus diferentes niveles.<sup>17</sup> Realizar también una “comparación” con las perspectivas actuales, considerar esos sistemas de ideas desde categorías nuevas y reconocer las influencias determinantes que aquellos textos ejercieron indudablemente sobre la totalidad del pensamiento lingüístico. Es por esto que, sin plantear tampoco una intempestiva “vuelta a los clásicos”, consideramos que corrientes como la pragmática, la sociolingüística, la filosofía del lenguaje, la lingüística textual podrían verse fuertemente enriquecidas si atendiesen a la *fertilidad* del pensamiento lingüístico de los autores clásicos.

<sup>1</sup> Carpeaux (1983) la reconoce como “única en su género”.

<sup>2</sup> Otros fragmentos de su obra, que también ponderó Cicerón (Acad. Post., I, 9), nos llegan a través de los comentarios de San Agustín.

<sup>3</sup> RIGUI, G. (1969): *Historia de la filología clásica*, Barcelona, Calabria, p. 67.

<sup>4</sup> Mientras que Cicerón y César, por ejemplo, siguieron el método analogista.

<sup>5</sup> Reyes encuentra en la labor que Roma ejerce sobre el comentario y recuperación de los textos griegos, los gérmenes latentes del comparatismo. Ese trabajo de confrontación entre el modelo y la copia se encontraría en la base de los futuros estudios comparados, aunque no debemos confundir tampoco esta perspectiva con el innegable plagio que a menudo se efectuó sobre las producciones helenas.

<sup>6</sup> Sus famosos ejemplos intentando justificar la falta de la diferenciación genérica para el sustantivo “cuervo” —no existe “corvus” y “corva”— mientras que sí es necesario, útil, distinguir entre “equus” (caballo) y “equa” (yegua). Libro IX.

<sup>7</sup> Una perspectiva opuesta sería, por ejemplo, la de Catón el Viejo, que consideraba que sólo se debían enseñar las materias que resultasen “útiles”.

<sup>8</sup> RIGUI, G. (1969): *Historia de la filología clásica*, Barcelona, Calabria, p. 67.

<sup>9</sup> REYES, A. (1942): *La antigua retórica*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 142.

<sup>10</sup> En los dos primeros libros, Quintiliano trata la educación elemental tal y como se organizaba en la Roma de su tiempo y estudia los métodos para la formación básica en el campo de la Retórica. Dedicó los nueve libros siguientes a los fundamentos y técnicas de la Oratoria. El Libro X es el más conocido; en él aconseja la lectura como elemento fundamental en la formación de un orador y contiene un famoso estudio sobre las personas que escribieron en griego y latín. El último libro presenta el conjunto de cualidades que debe reunir quien se dedique a la Oratoria, tanto en lo referente al carácter como a la conducta.

<sup>11</sup> Así es como Tácito, en sus *Anales*, asegura que la historia contemporánea a partir de Augusto sólo era aceptada si era “adulatoria”.

<sup>12</sup> GARNSEY, P. Y SALLER, R. (1992): *El imperio Romano*, Barcelona, Crítica, p. 212.

<sup>13</sup> Noción ya considerada anteriormente por Cicerón.

<sup>14</sup> REYES, A. (1942): *La antigua retórica*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 147.